

Historia de la clase obrera latinoamericana: notas para una agenda de investigación*

Latin American Working Class History: Notes for a Research Agenda

Agustín Nieto

CONICET – Universidad Nacional de Mar del Plata – Argentina

agustin.nieto77@gmail.com

Resumen

En el presente artículo ensayamos cinco notas para la confección de una agenda de investigación sobre la historia de la clase obrera latinoamericana. En la primera de las notas hacemos una presentación de nuestra perspectiva analítica e identificamos lo que consideramos una carencia en los estudios sobre la clase obrera latinoamericana. Luego reflexionamos sobre el estatuto del término “clase obrera latinoamericana” y la necesidad de reelaborarlo como objeto científico. La tercera discurre sobre el lugar de Latinoamérica en el sistema-mundo capitalista. En la cuarta desplegamos en clave gramsciana los momentos analíticos en el estudio de la clase obrera latinoamericana. Concluimos nuestra exposición con una breve reflexión, también en forma de nota.

Palabras clave: Historia; Historiografía; Clase obrera; Latinoamérica

Summary

We rehearsed in the present article five notes for the confection of a research agenda about Latin American working class history. In the first note, we do a presentation of our analytical perspective and we identified what we considered a lack/scarcity in the studies on the Latin American working class. Then we reflected about the statute of the term “Latin American working class” and the need of re-elaborate it as a scientific object. The third note deliberate over the place of Latin America in the capitalism world-system. On the fourth note, we displayed in a gramscian way the analytical moments in the studies of the Latin American working class. Finally, we conclude our exposition with a brief reflection as a close.

Keywords: History; Historiography; Working class; Latin America.

* Agradezco los comentarios y observaciones de Silvana Ferreyra, Andrea Andújar, Guillermina Laitano, Leandro González, Gustavo Contreras y Pablo Ghigliani. Gracias a los aportes desinteresados de amigxs y colegas puede reformular y mejorar mis precarias ideas sobre la temática tratada.

Advertencia

Estas notas, concebidas como materia prima para una agenda por venir, tienen un estatuto precario, debido a que nos propusimos abordar el estudio de la clase obrera latinoamericana a escala subcontinental, entendiendo lo latinoamericano como indómito a lo nacional, empresa que implica un juego de reducción inevitable. El esfuerzo por presentar una breve y panorámica mirada sobre la clase obrera latinoamericana nos obliga a simplificar y esquematizar procesos históricos plagados de complejidades. La rugosidad propia de todo devenir histórico se ve aplanada por una mirada que se queda en la superficie. Muchas veces lxs lectorxs se pueden quedar con la impresión de cierta linealidad en la narrativa. Asimismo, muchas dimensiones co-constitutivas de la clase obrera latinoamericana, como los clivajes de género y raza, son apenas esbozadas. Sin embargo, consideramos que estos riesgos valen la pena, pues lo que se pierde en profundidad se gana en extensión. Así nuestras notas hacen las veces de un mirador panorámico que puede servir de referencia para el desarrollo de futuros estudios monográficos sobre las historias de la “clase obrera latinoamericana”. Insistimos en la marca espacio-temporal del adjetivo especificativo “latinoamericana” para establecer la diferenciación con el uso de la aposición “en Latinoamérica”, pues con esta última forma corremos el riesgo de reducir la singularidad espacio-temporal latinoamericana a un recipiente contenedor preexistente y aséptico. Es por esto que imaginamos una historia de la clase obrera latinoamericana no como una colección de casos nacionales en clave comparada sino como una historia integral, necesariamente discontinua, en clave conectada, transnacional y global (Acha, O. 2013; Linden, M. 2012).

Nota 1

En sus ya canonizados escritos carcelarios Antonio Gramsci, en un ramillete de interrogantes retóricos, sostuvo que para escribir la historia de una organización política no alcanzaba con narrar de forma detallada su vida interna, describiendo solo a lxs fundadorxs, dando cuenta de las reuniones internas, las polémicas ideológicas, los programas, ni trazando las trayectorias de sus principales personalidades. El cuadro debe ser más vasto y comprensivo, debe abarcar no solo a los cuadros dirigentes, intermedios y su masa de adherentes, es necesario que contemple al conjunto social más amplio del cual dicha organización es expresión (Gramsci, A. 1999). O sea que no puede ser menos que la historia de un determinado grupo social, el proletariado latinoamericano en nuestro caso. Es más,

necesita ser también la historia de sus amigxs, aliadxs, adversarixs y enemigxs (campesinado, pequeñxs comerciantes, estudiantes, terratenientes, capitalistas locales, capital internacional, entre otros). Pues, la formación de estos grupos es relacional y está modulada por la lucha de clases, la cual no debe ser entendida en forma mecánica y vulgar como un enfrentamiento directo y cristalino entre el proletariado y la burguesía de las naciones latinoamericanas. De esto se desprende que escribir la historia de una organización política no es otra cosa que escribir la historia general de una sociedad desde un punto de vista monográfico e interseccional, para subrayar un aspecto característico de la misma. En la experiencia latinoamericana, el rasgo interseccional está dado por las múltiples relaciones de subalternización (explotación-dominación), también por las variadas formas de resistencia y lucha, que la configuraron y configuran. Entre los elementos más relevantes tenemos que mencionar la cuestión étnico-racial, la herencia colonial, la cuestión nacional, la periferización externa e interna, el clivaje sexo-género, los quiebres generacionales, la cuestión etaria, entre otras tantas.

Años más tarde, aquellas notas fueron complementadas con algunas sugerencias en torno a los criterios metodológicos convenientes para el estudio de las clases subalternas. En ese escrito Gramsci sostiene que dicha historia requiere de un abordaje monográfico, donde cada descripción reúna un cúmulo muy vasto de documentos de difícil acceso. En otra nota al respecto considera que el estudio concreto de la formación de un movimiento histórico colectivo requiere de un análisis denso de todas sus fases moleculares, de un análisis minuciosísimo, extremo, capilar, cuya base heurística está constituida por una cantidad infinita de documentación dispersa y fragmentaria. Sin embargo, dice Gramsci, esto habitualmente no se hace porque implica un trabajo excesivo, motivo por el cual se asumen las corrientes de opinión ya constituidas en torno a un grupo reducido de dirigentes, a ciertas publicaciones periódicas predominantes (Gramsci, A. 1999). Si perdemos de vista estas limitaciones heurísticas, sepamos que corremos el riesgo de hacer una reconstrucción institucionalista (historia política clásica) de nuestro sujeto, por ende incompleta.

Estudios que repongan en clave monográfica las fases moleculares de la formación y desarrollo de la clase obrera latinoamericana, requerirían para ser realizados de una voluntad colectiva que mancomune esfuerzos cooperativos en base a un objeto-sujeto de estudio y una agenda de problemas consensuados, un marco conceptual y metodológico compartido y un zócalo heurístico en común. En las siguientes notas, en base a la bibliografía existente¹,

1 Con algunas excepciones, las citas bibliográficas sobre la clase obrera latinoamericana realizadas en estas páginas, por un lado, se hacen a modo de ilustración, por otro lado, reposan en su gran mayoría en aquellos estudios que abordan al subcontinente, marginando de esta forma la profusa bibliografía “nacional” sobre dicho

ensayaremos algunos posibles tópicos para la confección de una agenda de investigación por venir.

Nota 2

En uno de los libros más estimulantes sobre la historia del movimiento obrero latinoamericano, Ricardo Melgar Bao(1990) comienza su narración interrogándose sobre la existencia real de América Latina. Unos años antes, en el marco de un debate sobre la utilidad del concepto de clase social, en un texto también muy inspirador, Florestan Fernandes (1978) se pregunta si ¿existen clases sociales en América Latina? Más allá de las respectivas respuestas de los autores mencionados, los interrogantes conservan toda su carga incisiva. Conjugando ambos entresijos podemos componer la siguiente controversia: ¿existe realmente la clase obrera latinoamericana?

Si por existencia real entendemos, en clave empírico-positivista, una materialidad tangible, la respuesta es negativa. Si, en cambio, entendemos por “clase obrera latinoamericana” un concepto teórico que repone lo “concreto real” como síntesis de múltiples relaciones sociales –unidad de lo diverso-, la respuesta puede ser positiva, en tanto y en cuanto nos remontemos, en términos intelectivos, de lo abstracto a lo concreto, de lo simple a lo complejo. Esto es así porque lo “concreto pensado” es el resultado del proceso de pensamiento y no su punto de partida, ya que este último refiere a lo “concreto representado” (Samaja, J. 1987).

A este respecto el infinitamente citado prefacio a *La formación...* de Thompson es muy sugerente. Cuando el historiador marxista británico precisa su marco conceptual argumenta que elige el término “clase” en singular porque el término alternativo de «clases trabajadoras» es eminentemente descriptivo, que elude tanto como define. Reúne de forma imprecisa un conjunto de fenómenos diversos. El autor entiende que *la clase es un proceso socio-histórico que unifica una serie de eventos en apariencia desconectados*, tanto en términos de “experiencia”, como en términos de “conciencia” (Thompson, EP. 1989). Las experiencias son co-constitutivas de las realidades sociales pero no las reflejan, son a un tiempo interpretables e interpretadas (Scott, J. 2001). Los grupos sociales no experimentan las experiencias en tanto sujetos plenamente constituidos sino que se constituyen por medio de ellas, en un proceso intermitente, no lineal e inacabado (Brah, A. 2004). Asimismo, esas experiencias no se procesan solo ni principalmente en términos intelectivos individuales sino

tópico. Un acercamiento que contemple el conjunto de publicaciones “nacionales” nos excede por tiempo, espacio y pericia.

que refiere a un proceso necesariamente colectivo, distanciado de la figura de individuo elaborada por el pensamiento político europeo (Chakrabarty, D. 2008). Desde esta perspectiva la clase obrera no es entendida como una categoría, tampoco como una mera estructura, sino como un proceso relacional-histórico-concreto. Un proceso que no puede prescindir de la noción de «lucha de clases». Pues para Thompson la lucha es constitutiva de las clases y no una situación *a posteriori* de la formación de las clases. En su opinión, este aspecto ha sido poco atendido en la historiografía obrera, que estuvo mucho más preocupada por tratar el concepto de clase en términos virtualmente ahistóricos. Para expresarlo claramente: las clases no existen como entidades independientes y plenamente constituidas, que miran a su alrededor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, los individuos se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre lxs explotadxs), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, asumiendo ese descubrimiento como conciencia de clase. Por esto, sostiene Thompson, desde cierto ángulo, la clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico, que no se reduce a un proceso acumulativo ni circular. Desde otro ángulo se puede sostener que no se trata de saber qué es lo primario sino de entender que la clase es entanto *lucha*, aunque no *es* ni *lucha* siempre de la misma forma (Marín, JC.1981).

Así elaborado, el concepto de “clase obrera latinoamericana” se desempeña, desde nuestra perspectiva, como malla conceptual que enmarca a nuestro objeto-sujeto de estudio. En este sentido, el marco teórico funciona como el perfil de la porción de realidad socio-histórica a ser estudiada, cuya reconstrucción nos permitirá, llegado el momento, elaborar una teoría sobre la clase obrera latinoamericana. Como afirma Samaja (1987), para alcanzar este último objetivo se necesita que los conocimientos logrados sobre dichos procesos se expongan mediante un sistema de juicios y razonamientos en cuyas transiciones se reproduzca el movimiento de lo real, es decir, la exposición deberá ser eminentemente conceptual.

Claro que esto implica evitar la pose doctoral con la cual Mefistófeles confronta irónicamente: “si alguien quiere estudiar algo viviente y describirlo, empieza por sacarle el espíritu, de modo que aunque tenga las partes en su mano le falta el vínculo que da al espíritu” (Goethe, J. 1999). En forma similar Nietzsche (1998) reprocha a los filósofos que operan con la realidad como lo hacían los momificadores egipcios. En ambos casos la crítica apunta al ejercicio pre-conceptual al que estamos habituadxs. Por el contrario, este esfuerzo de conceptualización implica un proceso de *transformación* de los sistemas de

percepciones, representaciones y esquemas abstractos *en* estructuras y movimientos conceptuales que elaboran la traducción de lo concreto real en lo concreto pensado. Es así como el proceso de conceptualización prefigura la identidad de un conjunto de fenómenos diversos, identidad que *a priori* no es autoevidente (Samaja, J. 1987).

Debemos tener presente que cada “porción” de realidad es lo que es en virtud de infinitas interrelaciones, conexiones, oposiciones, intersecciones, antagonismos con el resto de las “porciones” de la realidad. Los procesos desencadenantes-desencadenados van configurando distintas constelaciones de relaciones cuyo principio de identidad no procede de una convención subjetiva arbitraria, aunque el proceso implique tanto subjetividades como arbitrariedades. Esto es así porque todo devenir conjuga azar y necesidad. Por ejemplo, dice Samaja, si la palabra “caltetes” fuese inventada por un individuo cualquiera con la finalidad de denotar a todos los varones adultos calvos cuyo número de teléfono termina en tres, tal palabra por el mero hecho de ser inventada por un fulano no lograría que tales calvos se agrupen en un mismo barrio, funden un club de fútbol o armen un partido político, tampoco la sociedad adoptaría semejante adefesio para su repertorio discursivo. En sentido inverso, si a un dictador cualquiera se le ocurriera prohibir la palabra “clase obrera” (o “peronismo”) no por eso desaparecería ese conjunto de procesos relacionales y relacionados que comparten todxs aquellxs trabajadorxs que para sobrevivir deben vender todos los días su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Por otra parte, la palabra “peronismo” (o “clase obrera”) no dejaría de ser usada, debido a que el lenguaje se edifica sobre el penoso y contradictorio esfuerzo de la sociedad por existir y alcanzar niveles cada vez más altos de liberación. Este no es un fin impuesto a la sociedad sino que son las mujeres y los hombres organizados como voluntad colectiva quienes, en el seno de su sociedad, luchan por alcanzarlo (Trotsky, L.1975). Por lo tanto, la clase obrera no es solo ni principalmente un invento de lxs sociólogxs, ni de lxs historiadorxs, sino uno de los sujetos co-constitutivos de un régimen socio-histórico de explotación del trabajo humano (Samaja, J. 1987), en el cual se entremezclan siempre cuotas cambiantes de poder y contra-poder.

La clase obrera latinoamericana es (en tanto deviene) una construcción social que no se corresponde con un objeto empírico-material-natural. No es un término descriptivo que se ajuste a un conjunto determinado de actores e instituciones dotado de ciertas características. Por lo tanto sería una mera ilusión considerarla como una entidad unificada-monolítica. Debe ser entendida como una construcción teórica. Tenemos que diferenciar entre “objeto real” –pre-construido por la percepción– y “objeto científico” –como sistema de relaciones expresamente construido–. Haciendo uso de una licencia narrativa hegeliana podemos afirmar que la historia de la clase obrera latinoamericana se asemeja más a una verdad que a

una realidad. Mientras que la realidad es más nacional que latinoamericana, la verdad es más latinoamericana que nacional. Este último es el camino que elegimos recorrer en estas notas.

Nota 3

En un pasaje de sus borradores, Marx (2007) asevera que antes del advenimiento de la moderna sociedad burguesa, las historias locales y regionales no componían una historia universal, sino que ésta es causa y consecuencia de la violencia articuladora del capital. Solo podemos hablar de capitalismo histórico ahí donde hay historia universal². Solo podemos hablar de historia universal ahí donde hay capitalismo. Esa expansión global de la ley del valor funciona como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve. De esta forma los distintos continentes y subcontinentes del planeta se transforman en las sub-figuraciones de una singular figuración global: la comunidad del valor. Esto da nacimiento a las relaciones internacionales de producción, al mercado global capitalista y a la división internacional del trabajo. Por esta razón, Latinoamérica y su clase obrera fueron y son, con sus rasgos característicos, configuraciones sociales constituidas-constituyentes de un proceso global mandado por la ley del valor³.

Producción, distribución, cambio y consumo son los cuatro momentos de todo metabolismo social general que regula el modo en que una comunidad humana se relaciona consigo misma, incluida la naturaleza inorgánica de su subjetividad, para resolver sus necesidades vitales. En el sistema mundo capitalista esos cuatro momentos están regidos por la ley del valor. En esta formación histórico-mundial la independencia personal se funda en la dependencia respecto a las cosas. En palabras de Polanyi (2003), la sociedad toda pasa a ser súbdita de las cosas, un apéndice de las cosas. Sin embargo, esta dominación no se ejerce de la misma forma en todas las regiones del globo, las diferencias son producto de la fricción entre la ley del valor y las comunidades que dicha ley reorganiza violentamente. Haciendo uso de la tesis de Chakrabarty (2008) podemos denominar “historia 1” a la ley del valor (como proyecto y potencia) e “historia 2” a las comunidades (incluidas las comunidades afincadas en el continente europeo). Seguidamente, utilizando los aportes de Chatterjee (2006), entendemos que la historia 1 imagina y desea un espacio-tiempo

2 Para un abordaje más detallado sobre el capitalismo histórico véase Wallerstein (2001). Para una perspectiva que recupera el protagonismo femenino en la conformación del capitalismo histórico véase Federici (2010). Para una sugerente mira antropológica sobre los primeros momentos del sistema mundo capitalista consúltese Wolf (2005). Para una mirada desde la historia social “desde abajo” véase Linebaugh y Rediker (2005).

3 Sobre este punto Aníbal Quijano (2000) sostiene que la conquista de América es constituyente de un nuevo espacio-tiempo.

homogéneo mientras que las historias 2 son el espacio-tiempo de la heterogeneidad. La diferencia entre las comunidades europeas y las de otros continentes es que al haber sido las primeras comunidades colonizadas por la ley del valor, se transformaron en sus vectores, fueron su personificación, en parte también sus beneficiarias. El choque entre la historia 1 y la historia 2, o lo que es lo mismo, la inoculación de la ley del valor en las comunidades, provoca una nueva historia. Es que por más que lo desea, la historia 1 domina pero no puede erradicar por completo la historia 2. De otra forma, la ley del valor sería un espíritu sin cuerpo, un espectro ávido de cuerpos por colonizar, pero esos cuerpos a ser colonizados son también habitados por espíritus. Estos encuentros dan lugar a una formación histórico social que amalgama de modo no funcionalista ambas historias en una tercera historia de carácter híbrido, dando lugar a lo que René Zavaleta Mercado (1983) bautizó con el nombre de “formación social abigarrada”. La primera de estas historias híbridas es la europea, que ante las comunidades no europeas va a aparecer como historia 1 (en tanto vector de la ley del valor), de cuyos choques van a emerger nuevas historias híbridas hasta conformar la comunidad global del valor como historia universal, historia que no logra suprimir las historias comunitarias precedentes. De esta forma emergen (o son resignificadas) construcciones dicotómicas (a veces tricotómicas) operantes en las identidades sociales como por ejemplo, nuevo y viejo mundo, oriente y occidente, norte-sur, metrópolis y colonias (y/o semi-colonias), centro y periferia, países desarrollados y subdesarrollados (o en vías de desarrollo), primer, segundo y tercer mundo. Estos y otros términos coagularon, se objetivaron, –dice Gramsci– desde la subjetividad de las clases dominantes europeas. Decimos “objetivaron” porque estas clases dominantes hicieron aceptar, no sin cuotas altas de violencia, su subjetividad en tanto hegemonía mundial (Said, 2003). De esta forma impusieron la historicidad europea como modelo y deber ser para el resto del mundo. Si bien todo el proceso fue violento, la magnitud de la violencia sádica del capital en sus colonias latinoamericanas fue dantesca. Esto lleva a Marx a sostener que un aspecto a estudiarse “en detalle” es lo que hace la burguesía de sí misma y de lxs trabajadorxs “allí donde puede moldear el mundo sin miramientos, a su imagen y semejanza.” (Marx, K. 2000,940). Esto significa que lo ocurrido en las colonias no debe ser entendido como un “patinazo” o un desvío del “desarrollo capitalista normal” sino su forma más descarnada. Esta forma también condiciona la conformación del proletariado latinoamericano.

Si bien la clase obrera como totalidad concreta debe ser entendida en términos globales, se conforma por sub-figuraciones, en este caso identificable a escala subcontinental. Entonces, teniendo en cuenta las ideas formuladas en los párrafos precedentes: ¿cuál es el principio de identidad de aquello que nombramos “clase obrera latinoamericana”?

Antes de continuar debemos hacer otra advertencia en torno a las definiciones conceptuales. Por lo general, toda búsqueda de precisión conceptual tiende a hacer perder espesura espacio-temporal, recomponer esta dimensión procesual en un concepto de “clase obrera latinoamericana” nos obliga a reponer la historia de un territorio socio-cultural específico, tanto real como imaginario. Siguiendo la tesis andersiana para la nación, deberíamos pensar a la clase obrera latinoamericana como una comunidad imaginada. Aunque también tendríamos que interrogarnos, siguiendo a sus críticos, por todos aquellos que imaginan esa comunidad (Chatterjee, P. 2006), incluyendo desde las clases dominantes noratlánticas hasta las propias comunidades obreras y populares del subcontinente latinoamericano. En este sentido Rama (1976) considera que el latinoamericanismo no solo se expresa en la pluma de los escritores y diplomáticos, sino que tiene una realidad popular, insurreccional y rebelde, que apela a la solidaridad entre los pueblos que están sometidos a un destino similar. Por otra parte debemos ser conscientes que estamos estudiando un proceso abierto (no concluido), por este motivo toda definición científica de “clase obrera latinoamericana” será incompleta a la vez que prefigurativa. Asimismo, la conceptualización propuesta implica un estiramiento de la definición clásica de proletariado (Chakrabarty, D. 2009).

Teniendo en cuenta las dificultades mencionadas podemos arriesgar ciertos elementos de identidad común: 1) La historia agraviosa y opresiva de la configuración de Latinoamérica como zona subalterna del sistema mundo capitalista, tanto en el momento de acumulación originaria como con posterioridad. Los mercados, en particular el de fuerza de trabajo, se montaron sobre la destrucción violenta de formas comunitarias no capitalistas, sobre genocidios millonarios. Esta historia también entrañó la articulación violenta de formas libres y no libres de explotación del trabajo. Estas experiencias de ignominia quedaron marcadas a sangre y fuego en las identidades subalternas sobrevivientes. De esta forma se fue configurando una racialización de las relaciones de clase así como una “clas(e)ificación” (estructuración clasista) de las relaciones étnico-raciales, pues ambas dimensiones son co-constitutivas de las identidades subalternas en el capitalismo latinoamericano, dando lugar a la conformación de una clase obrera latinoamericana multiétnica.⁴ Los procesos de proletarianización están marcados por movimientos forzados de población (como parte del movimiento de capital) tanto entre continentes, como al interior del subcontinente y de sus respectivos países. Esta redistribución constante de población (fuerza de trabajo) responde a las necesidades de la valorización del capital y no se acotó a la migración del campo a la

⁴ Para dimensionar el poder clasificador de la categoría “raza” en América Latina consúltese Quijano (2000). Otra referencia obligada es Mariátegui (1975). Sobre el concepto de “clase multiétnica” véase Linebaugh y Rediker (2005).

ciudad. También significó la movilización desde ciudades pequeñas hacia centros urbanos e industriales. A su vez, esto conllevó un fuerte proceso de periferización de lxs recién llegadxs y una segmentación del mercado de fuerza de trabajo.⁵Una de las consecuencias más reveladoras de estos proceso de movilidad fue (y es) el hacinamiento de amplios sectores de las clases subalternas en asentamientos precarios. A lo largo de sus historias estxs pobladorxs fueron desplegando distintas luchas por su derecho a la ciudad, desde huelgas de inquilinos hasta movimiento por el acceso a la vivienda digna. Asimismo, estas redistribuciones reactualizaron clivajes preexistentes. Por ejemplo, la incorporación masiva de las mujeres en el mercado de fuerza de trabajo trastocó no solo las proporciones de ese mercado sino los sentidos sociales imperantes en torno a las figuras de lo femenino y lo masculino. Aclaremos que más allá de las proporciones y los porcentajes, las mujeres obreras fueron co-constitutivas de la clase obrera, tanto dentro como fuera del mercado de fuerza de trabajo. En este punto se vuelve perentorio precisar que todo proceso de proletarización implica el reordenamiento y la negociación del estatus de los clivajes de género, raza, edad, etc. (Federici, S. 2010).La configuración hegemónica de los múltiples pliegues de subalternidad intra-clase devuelve como figura preponderante una clase obrera latinoamericana que, bajo una aparente neutralidad, enmascara procesos de masculinización, blanqueamiento y adultización, a la vez que invisibiliza a otros géneros, a lxs niñxs⁶, a lxs no blancxs. 3) Las recurrentes crisis político-institucionales y económicas que sacudieron a Latinoamérica producto de su condición subalterna, expresada en la radicación de capitales noratlánticos, golpes de estado, alzamientos militares, procesos inflacionarios, depreciaciones de la moneda, intervenciones diplomáticas y militares de Estados Unidos, en tanto gran potencia imperialista. Todos estos procesos ayudaron a perfilar la identidad y la imaginación de la clase obrera latinoamericana, que constantemente vio cuestionada la legalidad trabajosamente lograda con intervenciones sistemáticas a sus organizaciones, que fueron causa y/o consecuencia de intensas protestas obreras.⁷4) Las imaginaciones elitistas sobre la clase obrera latinoamericana que informaron los programas de “desarrollo” de la región fueron tan significativas en su formación como lo fue la propia auto-percepción e imaginación de la clase obrera latinoamericana. Es en este punto que el concepto necesita incorporar las figuras del anti-imperialismo, así como del nacionalismo y

5 Sobre estos tópicos son sugerentes los señalamientos de Wolf (2005), en especial su último capítulo “Los nuevos trabajadores”. Una perspectiva clásica sobre los estudios migratorios en la región en Germani (1971). También puede consultarse Leander (1989), Lattes (1995), Novick (2008) y los últimos informes publicados por la CEPAL.

6 Para el caso argentino consúltese el reciente e interesantísimo artículo de Ludmila Scheinkman (2016).

7 Una referencia clásica sobre la inestabilidad político-social en Nun (1966), una más actual en Przeworski (2014).

el internacionalismo (pues consideramos que estas últimas dos figuras no deben ser entendidas como necesariamente antagónicas), ya que aparte de sus derivas burguesas también las hubo y las hay subalternas (Mariátegui, JC. 1975; Terán, O. 2005; Marchesi, A. 2006; Soto G. 2015). Es en esta dimensión imaginaria donde se juega lo más significativo de las identidades que habitan, contornean y vitalizan a la clase obrera latinoamericana. Solo en tanto se imaginen como una comunidad podemos hablar de clase obrera latinoamericana, pues es en la dimensión ideológico-cultural donde las mujeres y los varones adquieren conciencia del antagonismo que los sujeta y luchan por resolverlo. Sin alguna forma de conciencia no hay clase sino solo explotación-dominación, y sin capacidad imaginativa no hay sujeto protagonista de su historia.

Nota 4

En estos párrafos intentaremos bosquejar, de forma breve y esquemática, los hilos del pasado obrero latinoamericano que consideramos imprescindibles para tramar los soportes de una reconstrucción integral y global de la historia de la clase obrera latinoamericana. Para llevar a cabo este emprendimiento haremos uso del guion apuntado por Gramsci (1999) en sus notas metódicas sobre la historia de las clases subalternas. Si bien Gramsci desarrolló estas notas pensando siempre en términos nacionales, y para naciones europeas, consideramos que sus sugerencias pueden ser repensadas en clave latinoamericanista, razón por la cual *aggiornaremos* sus notas en base a los aportes del grupo indio de estudios de la subalternidad (Ranajit Guha y Cía.) y otros afines. Claro está que los seis momentos apuntados refieren a un listado mínimo que en las pesquisas debe ser complementado y completado con otros. Finalmente debemos evitar entender los distintos intervalos analíticos como sucesión histórico-etapista de la historia de las clases subalternas, en todo caso las distintas etapas responden en una sucesión lógica y no histórica. Pues en los procesos históricos se combinan de múltiples y singulares formas.

a.

Un primer momento analítico es el de la formación y neo-formación “objetiva” de la clase obrera latinoamericana. No es raro pero sí erróneo identificar este momento como una etapa histórico-genética de la producción de una nueva formación económico-social, pues es un proceso perenne en el marco del sistema-mundo capitalista. Desde el punto de vista del capital, la formación “objetiva” refiere al momento en el cual los trabajadorxs asalariadxs aparecen solo como su atributo, como objeto, como capital variable, vivo. Y esto no porque

lxs trabajadorxs carezcan de voluntad, consciencia y/o subjetividad, sino porque su individualidad es compelida violentamente por el proceso de proletarización constituyente del mercado de fuerza de trabajo. Este proceso de proletarización, que se desaceleró pero nunca se detuvo, que no es lineal ni tiene un ritmo constante, está íntimamente entrelazado a las transformaciones que suceden en el mundo de la producción regido por la ley del valor, un mundo que no se acota a la obtención de bienes intercambiables sino que incluye el momento de realización de sus condiciones de reproducción social. Esto implica la producción cotidiana, generación tras generación, de la fuerza de trabajo, tanto en términos biológicos como sociales. Anudado a esta situación encontramos la distribución desigual de roles entre los integrantes de la familia obrera, tanto en el ámbito “privado” como en el “público” (Klubock, T. 1995). Pues la proletarización no es un proceso lineal que afecta solo a los individuos que están directamente insertos en el mercado de trabajo, atañe a la familia tanto como a la comunidad. Esta ley, no solo comanda un proceso de difusión cuantitativa de las relaciones salariales y no salariales sino que también, orienta el proceso de redistribución de cuerpos portadores de la mercancía fuerza de trabajo y expropiados de sus condiciones materiales de existencia. Esa redistribución implica procesos contradictorios y conflictivos de urbanización capitalista en América Latina. Una manifestación clara de estos procesos son la proliferación de “colmenas”, “mesones”, “conventillos”, “villas miserias”, “callampas”, “favelas”, “cangrejales”, “ranchos”, “tugurios”, “chacaritas”, “guasmos”, “barriadas”, etc. en las grandes ciudades latinoamericanas.

Los puertos y las vías terrestres no solo fueron canales de mencionada redistribución sino también polos de atracción de población. También lo fueron las minas (de cobre, estaño, salitre, plata, etc.), las plantaciones (de algodón, azúcar, yerba mate, tabaco, bananas, café, etc.), la explotación del guano, la pesca marítima, las actividades agrícola-ganaderas, los pozos petroleros, entre otras. Claro que esos cuerpos no eran tabula rasa, eran cuerpos con historias ancladas en pertenencias sociales y comunitarias preexistentes a la dominación despótica de la ley del valor en Latinoamérica, aunque no libres de formas no capitalistas de explotación-dominación/resistencia-lucha. Un corte sincrónico de aquel momento muestra una intersección compleja de orígenes diversos, pasados inconexos que son solapados por la prepotencia del capital. El novel mercado de fuerza de trabajo en formación articuló de forma violenta y compulsiva cuerpos provenientes de comunidades “nativas”, esclavxs africanxs, afrodescendientes, así como también cuerpos mestizos, mulatos, criollos, españoles, italianos, rusos, franceses, alemanes, turcos, chinos, japoneses, entre muchos otros orígenes. También conllevó masacres y genocidios de poblaciones “no integrables” al mercado de fuerza de trabajo asalariado “libre” en ciernes. La integración forzosa de este racimo de cuerpos diversos pero comunes en su condición de

portadores de fuerza de trabajo, no pudo borrar la herencia cultural ni las memorias que también portaban, muchas de ellas marcadas por experiencias de explotación servil, esclava y asalariada, y su inmanente flujo rebelde. En su estudio sobre México y Perú, Mallon (2003) sostiene que los movimientos de rebelión derrotados y sepultados por las clases dominantes en sus proyectos de estado-nación igualmente dejaron su marca en las culturas políticas de las clases subalternas que atravesaron todo el siglo XX. Pues, como sostiene Marx, “la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (1973,288). Y esto no solo ocurre en el momento genético, sino que se reedita generación tras generación, ya en el marco de la hegemonía de la relación salarial. Sin embargo, no se condice con un proceso social lineal. Este muestra momentos más densos que otros en la reconfiguración del proletariado latinoamericano. Uno de esos momentos fue la crisis del llamado “desarrollo hacia afuera” entre fines de la década del 20 y mediados de la del 30. Otro momento se dio en torno a los años sesenta, asociado al proceso de acelerada urbanización en el marco del llamado “desarrollo hacia adentro”. Un tercer momento lo identificamos con las derrotas populares de los años setenta y la reconfiguración de un nuevo “desarrollo hacia afuera”. Hoy nos encontramos en un momento de reconfiguración aún abierto. Como estas transformaciones en el proceso de proletarización implican “rupturas” generacionales, es común encontrar en la bibliografía de referencia la dicotomía viejo y nuevo proletariado (Touraine, A. y Germani, G. 1965).

En no pocas ocasiones la formación del mercado de fuerza de trabajo asalariada “libre” implicó la articulación capitalista de formas serviles y esclavas de trabajo, siendo las minas, las estancias y las plantaciones las experiencias más paradigmáticas. Muchos de los migrantes europeos ya habían sufrido la proletarización en el viejo continente, de hecho las grandes derrotas obreras, como la de la Comuna de París, implicaron el exilio americano de muchos de sus activistas. O sea, primero habían protagonizado la diáspora rural y después la diáspora transatlántica, pues un rasgo inmanente de la proletarización como proceso inacabado es la movilización forzosa de cuerpos tanto al interior del subcontinente como desde y hacia exterior del mismo. Esto es así porque el proceso de proletarización es de alcance global. Esta primera generación de asalariados conservó la mentalidad, la ideología y los horizontes que habían sedimentado a lo largo de sus vidas pre-asalariadas. Esos sedimentos se reactivaron y combinaron de forma creativa con las nuevas condiciones impuestas por la organización capitalista de la sociedad burguesa latinoamericana, así como por la amalgama con los activistas obreros escapados de Europa. En las primeras décadas cuajaron manifestaciones culturales producto de la americanización de las vanguardias (aunque no solo de ellas). A modo de ejemplo podemos nombrar la poesía negra o afroantillana en el Caribe y sus zonas de influencia, la gauchesca rioplatense, el indigenismo

peruano. Asimismo, la pulsión totalitaria del capital no pudo abrazar, cubrir y transformar a su imagen y semejanza cada uno de los espacios sociales y comunitarios preexistentes, aunque en gran parte logró subordinarlos. Por eso muchos de esos espacios, el calpulli, la milpa, el ayllu y la marka, se transformaron en puntos de resistencia y lucha comunitaria (García Linera, A. 2009). Esto nos permite pensar en la solidaridad de clase, o sea en la clase, como un proceso intersticial entre la herencia “pre” y el encuentro en el taller, la mina, la fábrica, la plaza, el bar, la calle, el barrio, el hogar, etc. (Mallon, F. 1983; Minz, S. 1988; Nash, J. 2009). Como ya adelantamos, un proceso análogo se genera al interior del proletariado entre generación y generación. Respecto a los procesos constitutivos de la clase consideramos que ésta no se origina gracias a la reunión capitalista en los lugares de producción y vida, como suele pensarse. Por el contrario, la clase se origina pese a, y contra, esa reunión forzada, y lo hace articulando de forma interseccionalista clivajes de género, raza, edad, etc. Esto es relevante porque la “formación objetiva” es un proceso abierto e inacabado, en constante rehacerse.

b.

Un segundo momento analítico refiere a la adhesión activa, mayor o menor, de los grupos obreros a las formaciones históricas burguesas dominantes. Esto se inscribe en lo que Mallon llama “complicidad histórica con el estado y el ejercicio del poder” de las clases subalternas (2003,72). Aunque este tipo de adhesiones obreras nunca estuvo ausente en Latinoamérica, fue a partir de la segunda década del siglo XX que aquellas adhesiones obreras fueron más intensas y activas. Nos referimos a un momento re-configurativo del entramado social producto de las crisis políticas del llamado “régimen oligárquico” y las crisis económicas del llamado “modelo de crecimiento hacia afuera” basado en la renta territorial, crisis que eran parte de un mismo proceso. Algunas de las demandas lograron plasmarse en ordenanzas locales y leyes sub-nacionales, nacionales y supranacionales en torno a participación política, condiciones de trabajo, trabajo femenino e infantil, extensión de la jornada laboral, horas extras, sábado inglés, derecho a huelga, etc. Desde un primer momento las clases dominantes identificaron estas problemáticas, que amalgamaban derechos civiles, políticos y sociales con diferenciaciones de clase, género, raza, edad, etc., con el término “cuestión social” y/o “cuestión obrera”. Claro que también hicieron uso de dispositivos de carácter eminentemente represivo, tanto en el plano legal como en el plano de la lucha callejera. Aunque la faz represiva del estado siguió primando sobre la consensual, la clase obrera logró imponer de forma molecular reivindicaciones propias en los programas de las formaciones políticas burguesas dominantes. Estos eventos de lucha y

organización obrera, más allá de sus resultados inmediatos, desencadenaron dinámicas de descomposición, renovación y/o neo-formación, cuya consecuencia más duradera fue el proceso de institucionalización e integración del movimiento obrero organizado a la sociedad burguesa y la ciudadanía-nacionalización masiva de aquellos cuerpos expropiados que demandaban cada vez con más fuerza la democratización del régimen político burgués.

Todo este devenir histórico estuvo atravesado por la conformación de una “estructura de sentimiento”⁸ anti-imperialista, o sea, por experiencias comunes en estado de fluencia (no institucionalizadas), dinamizadas por el pasado colonial y la presencia activa de empresas y capitales noratlánticos en la vida cotidiana de las clases subalternas latinoamericanas. El catalizador más importante de esta estructura de sentimiento fue la revolución mexicana. Si bien este anti-imperialismo era de nuevo tipo y se confeccionó principalmente en antagonismo con Estados Unidos y Gran Bretaña, hundía sus raíces en los procesos independentistas, donde las masas populares tuvieron una participación activa aunque, en la mayoría de las experiencias, subordinada a las elites criollas (Mallon, F. 2003). Los revolucionarios haitianos, que fueron la excepción, hoy siguen pagando su herejía en los cuerpos de sus proles. Esta adhesión no es propia de un momento genético sino que se replica a lo largo de toda la historia de la moderna sociedad burguesa latinoamericana. La particularidad de este primer momento histórico es que se dio ante una clase dominante muy reactiva a las demandas obreras, razón por la cual el estado mostraba su faz más represiva. Sin abandonarla nunca, tiempo después el estado alcanzó su momento ético-moral, donde la proporción entre consenso y coacción comenzó a ser menos “desequilibrada”. Sin embargo, hay que dejar en claro que no estamos frente a un proceso lineal, razón por la cual el “equilibrio” logrado fue muchas veces quebrantado a favor del “estado-gendarme”, como por ejemplo en los años setenta del siglo XX.

c.

Un tercer momento analítico gira en torno a la formación de nuevos movimientos políticos de las clases dominantes para lograr el consentimiento y mantener la disciplina de las clases subalternas. Con distintas modulaciones y singularidades nacionales, las distintas fracciones de las clases dominantes latinoamericanas lucharon por la apropiación de la renta de la tierra (minera, petrolera, pesquera o agrícola-ganadera). Estas luchas fueron produciendo dos grandes fuerzas no simétricas, que se expresaron en la institucionalización de organizaciones y programas políticos: liberalismo burgués y nacionalismo burgués. La primera de las fuerzas fue dominante durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras

⁸ Véase Williams (2000) y James (1999).

décadas del siglo XX. Su fuente de poder era la renta, la posesión y explotación capitalista de la naturaleza. El período formativo de la clase obrera latinoamericana se produjo bajo la dominación del “liberalismo oligárquico”. Fue durante aquellas décadas que se desarrollaron los primeros movimientos huelguísticos y las noveles organizaciones obreras (sindicatos y partidos). Las primeras oleadas huelguísticas y huelgas generales de alcance nacional, junto a distintos procesos revolucionarios (Revolución Mexicana y Revolución Rusa), generaron una fuerte reacción alarmista en las clases dominantes latinoamericanas. A la acostumbrada respuesta represiva, que en aquella coyuntura fue mucho más sanguinaria, se adosaron las primeras políticas reformistas. Hay que tener presente que para aquellos años, la dominación oligárquica había tenido que camppear dos fuertes crisis del mercado mundial, la de 1873 y la “gran guerra” imperialista. Esta última golpeó con fuerza las bases del poder oligárquico. En aquel marco, las fracciones de la clase dominante marginadas del poder del estado, que habían tenido en aquellas dos coyunturas de crisis dos oportunidades para sustituir importaciones, entendieron que había una oportunidad para disputarle el poder a la oligarquía y afianzar la legalidad y legitimidad del régimen burgués en el subcontinente. Esto último implicaba dar respuesta a una parte de las demandas históricas de la clase obrera. Se buscaban dos objetivos, 1) lograr la adhesión activa de la clase obrera dando curso a sus reivindicaciones en tanto asalariados; 2) limar el filo insurreccional-revolucionario de la clase obrera en tanto expropiados de sus condiciones de existencia. O sea, implicaba la ciudadanización-integración masiva de la clase obrera a la moderna sociedad burguesa latinoamericana pero en clave nacionalista. Los cuadros dirigentes de la clase dominante entendían que de esta forma se podía lograr la sutura de la diferencia que mantenía separados al estado de la nación. La idea funcionó solo en parte, pues el proceso de ciudadanización no fue ni lineal ni irreversible, los derechos que se habían conquistado a lo largo de más de medio siglo tuvieron, en el su cenit, una coagulación institucional heterogénea para el conjunto de las clases subalternas, y fueron, con posterioridad, fuertemente diezmados bajo la hegemonía neoliberal en el subcontinente. Estos procesos, en parte rupturistas, en parte acumulativos y en parte circulares, se explican porque la lucha de clases genera dos alternativas igualmente inviables a mediano y largo plazo, y que en el marco del sistema-mundo capitalista son causa y consecuencia de dos tipos de crisis: 1) crisis de legitimidad; 2) crisis de rentabilidad (Silver, B. 2003).

Durante el período de dominación “oligárquica” en América Latina se fueron formando movimientos “nacional-populares” que concitaron la adhesión de distintos grupos subalternos. Años más tarde en varios países estos movimientos lograron, con el apoyo activo de las clases populares, acceder al gobierno del estado. Las experiencias más resonantes entre principios y mediados del siglo XX fueron el batllismo en Uruguay, el

yrigoyenismo y el peronismo en Argentina, el cardenismo en México, el varguismo en Brasil, el ibañismo en Chile, el gaitanismo en Colombia, el Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia, el arbenzsismo en Guatemala, entre muchos otros. En los años sesenta se destacaron los gobiernos de Goulart en Brasil y Frei en Chile (Ianni, O. 1977). Lo paradójico de estos movimientos fue que lejos de apaciguar las aguas de la lucha de clases, tal como deseaba la elite dirigente, ayudaron a, en lo inmediato, avivar la lucha salarial, y en lo mediato, generar el caldo de cultivo para nuevos procesos insurreccionales en toda Latinoamérica, la mayoría de los cuales (momentáneamente) fueron clausurados de forma violenta a favor del capital.

d.

Un cuarto momento analítico nos lleva a detenernos en las formaciones propias de la clase obrera latinoamericana para impulsar reivindicaciones de carácter reducido y parcial. En el marco de estas formaciones los cuerpos no se organizan y reclaman en tanto expropiados sino que lo hacen en tanto portadores de la mercancía fuerza de trabajo. Este proceso, vale aclarar, envuelve no solo a los cuerpos implicados de forma directa en el mercado de fuerza de trabajo sino a sus afectos, amistades y vecindades. Es más, sus reclamos y demandas no alcanzan a cubrir todo el mercado de fuerza de trabajo en su configuración nacional sino que refieren solo a segmentos específicos de dicho mercado. Asimismo, los procesos organizativos se desarrollan en ámbitos y espacios estrechos, apelando a intereses inmediatos y corporativos. Esta segmentación de la lucha-organización responde a un grado de correlación de fuerzas políticas: el económico-corporativo. En este momento de homogeneidad, de autoconciencia y de organización un obrero de la mina de cobre entiende que debe ser solidario con otro obrero de la misma mina, una obrera de los frigoríficos con otra obrera de la misma industria cárnica, etc., pero el obrero minero no se siente solidario con la obrera de la carne, solo siente los lazos comunitarios del grupo laboral inmediato, no todavía la del grupo social más amplio. En este aspecto del análisis no debemos confundir radicalidad en los métodos de lucha con radicalidad en los alcances político-emancipatorios de la misma. Es el primer grado de unidad obrera contra la competencia en el mercado de fuerza de trabajo, pero la competencia entre las distintas capas y fracciones obreras es aún muy intensa, a la vez que se encuentra atravesada por clivajes de raza, género, edad, generación, etc. Nuevamente este momento analítico se identifica con los comienzos de la organización obrera, sin embargo la dimensión económico-corporativa está presente a lo largo de toda la historia de la clase obrera latinoamericana, a veces como forma predominante otras como forma subordinada a otros

intereses e identidades. Vale aclarar que todas las fracciones obreras, en distintos momentos y con distintos ritmos, se van formando al calor de la lucha y la organización económico-corporativa. Lo que sí cambia es la forma organizativa prevaleciente en cada momento, así como sus repertorios de lucha.

Las primeras organizaciones gremiales surgieron como sociedades de ayuda mutua derivadas de la tradición artesanal desplegadas en el período colonial. Este movimiento mutualista unió, no sin tensiones, atrabajadorxs asalariadxs, artesanxs independientes y pequeñxspatronxs (Rama, C. 1976). Muchas veces racializando las organizaciones de clase y siempre subalternizando el rol de las activistas mujeres. De un comienzo predominantemente mutualista la organización de lxs trabajadorxs pasa a un momento en el cual predomina la organización gremial por oficio, todo esto se produce en un contexto de fuerte represión estatal. Estas formas organizativas no tienen una secuencia lineal, en ocasiones el mutualismo y el gremialismo convivieron por muchos años, en otras se mixturaron en una misma organización. Durante la prevalencia de estas experiencias la cantidad de militantes y activistas no se distanciaba demasiado del número de adherentes voluntarixs a la organización, sin embargo la capacidad sindical de movilizar a lxs trabajadorxs, a menudo, iba mucho más allá de los contingentes relativamente reducidos de afiliadxs que pagaban su cuota. Trabajadorxs no sindicalizadxs, vecinxs, familiares participaron de estos procesos de lucha, en los cuales el conjunto de clivajes se activaban y las condiciones de subalternización quedaban en suspenso. Otro momento configuracional se precipita cuando el sindicato profesional de alcance local, que no desaparece, comienza a ser desplazado por sindicatos por rama de actividad de alcance nacional. Como en otros lugares, en Latinoamérica lxs trabajadorxs de la industria del transporte desempeñaron un papel destacado en la organización de distintas fracciones obreras a lo largo y a lo ancho del subcontinente. Por su rol estratégico en una economía centrada en materias primas exportables, lxs marinerxs y lxs ferroviarixs fueron quienes desplegaron las experiencias organizativas más intensas, junto a lxs trabajadorxs de las actividades económico-productivas más importantes de la estructura económica latinoamericana: industria petrolera, minería, industrias agro-ganaderas, entre otras (Bergquist, C. 1988). En un primer momento, cuando solo una minoría de trabajadorxs sabía leer y escribir, lxs obrerxs gráficxs también cumplieron un destacado rol articulador. Muchas de estas tempranas experiencias de organización y lucha de tipo económico-corporativo pasaron por los gremios de albañiles, panaderxs, cigarrerxs, conductorxs de carros, entre otros, que durante mucho tiempo fueron solo de alcance local (Godio, J. 1983; González Casanova, P. 1984). Insistimos, todas estas formas de organización clasista subyugaban en su seno los otros clivajes, aunque cada

proceso de lucha funcionó y funciona como una oportunidad de renegociación de aquellas subalternidades.

e.

Un quinto momento conlleva un análisis de las nuevas formaciones que afirman la iniciativa de la clase obrera latinoamericana dentro de los viejos marcos de referencia (autonomía no integral en palabras de Gramsci). Aquí el alcance de las organizaciones tiende a ser nacional a la vez que pretende agrupar y representar a todas las fracciones y capas de la clase obrera y no solo a una parcialidad. Las federaciones, confederaciones, centrales y uniones nacionales son las formas que van adoptando estas experiencias a lo largo del tiempo en los distintos países latinoamericanos. Entre las experiencias más destacadas podemos nombrar a la Confederación Regional Obrera Mexicana, Confederación de Trabajadores de Cuba, Confederación de Trabajadores de Colombia, Confederación General de Trabajadores del Perú, Confederación Sindical de Trabajadores Bolivianos, Comando General de los Trabajadores de Brasil, Confederación General del Trabajo del Uruguay, Confederación de Trabajadores de Chile, Confederación General del Trabajo de la República Argentina (Rama, C. 1976; Zapata, F. 2015). Este momento representa un grado mayor de homogeneidad, de autoconciencia y de organización en el cual se configura la conciencia de la solidaridad de intereses, en tanto asalariados, de todos los miembros de la clase obrera, primero a escala nacional, luego a escala continental. Es en este momento cuando la clase obrera se plantea la cuestión del estado en el sentido de aspirar a conseguir una igualdad jurídico-política (formal) con las clases dominantes. Reivindica su derecho a participar en las elecciones, en la legislación y en la administración para modificarlas y reformarlas en los marcos fundamentales existentes. Estos procesos tienden a coagular en dos formas organizativas distintas pero no excluyentes: organizaciones políticas de carácter reformista y centrales sindicales nacionales. También son importantes las asociaciones que Gramsci llama "de cultura": bibliotecas, teatros, clubes deportivos, clubes de danzas, sociedades secretas, escuelas, etc. En el plano institucional, desde muy temprano hubo intentos de organización sindical de alcance latinoamericano. Entre las experiencias más destacadas lista la Confederación de Trabajadores de América Latina (Alexander, R. y Parker, E. 2009).

Como tendencia, este momento está presente a lo largo de toda la historia de la clase obrera latinoamericana, aunque en grados y ritmos diversos. Igualmente podemos identificar un punto de máxima condensación de este momento en torno a las experiencias populistas. Fue durante estos procesos cuando las estrategias reformistas de las clases dominantes y la clase obrera latinoamericana confluyeron sin que ninguna de las dos perdiera por completo

cierto espacio de iniciativa propia (autonomía no integral). Esta deriva es importante porque la mayor parte de los estudios sobre la clase obrera latinoamericana subsume el quinto momento en el tercero o, en el mejor de los casos, lo toma como un epifenómeno del tercero. En este sentido, tanto el cardenismo como el varguismo y el peronismo, por nombrar a las más paradigmáticas de las experiencias populistas, son indescifrables con una mirada estatalista (una historia desde arriba), que solo contempla la iniciativa de las elites de las clases dominantes para dar cuenta del fenómeno populista. En forma análoga a las naciones subalternas, la clase obrera latinoamericana hace uso de la puja al interior de la clase dominante entre distintas fracciones para lograr desplegar su estrategia reformista, a la vez que se reconfigura en su materialidad y su identidad. Fue su forma histórica de establecer el modo en que querían ser gobernadas (Chatterjee, P. 2006). Por esto, para entender el populismo como totalidad concreta debemos diferenciar analíticamente entre, al menos, dos sub-figuraciones populistas: una burguesa-elitista y la otra obrera-plebeya (Ianni, O. 1977; Contreras, G. 2017). Sería un error grosero considerar que este quinto momento se acotó exclusivamente a las experiencias populistas, también los frentes populares conformados por partidos de izquierda (partidos comunistas y socialistas latinoamericanos) fueron expresión de la estrategia reformista en el seno de la clase obrera. Así ocurrió por ejemplo en Chile en los años treinta y en Costa Rica en los años cuarenta. También debemos destacar la participación velada o explícita de los Partidos Comunistas en los movimientos populistas, por ejemplo la disolución voluntaria, por parte de los comunistas, de los sindicatos que dirigían para entrar en los sindicatos dirigidos por el peronismo en Argentina, y el apoyo a la candidatura de Vargas en Brasil en la elección de 1950.

f.

Por último, un momento analítico fundamental es el que se detiene en las formaciones que afirman la autonomía integral de la clase obrera latinoamericana, en tanto expropiada de sus condiciones materiales de existencia. Si bien estas formaciones nunca aparecen en estado puro, se producen momentos donde se constelan de forma más nítida. La revolución mexicana, las huelgas insurreccionales de fines de 1910 y comienzos de 1920, la revolución boliviana, la revolución cubana, la reactivación de corrientes “clásistas” en los años sesenta, la vía chilena al socialismo, la revolución nicaragüense, las insurrecciones que se produjeron en Ecuador, Venezuela, Bolivia y Argentina en la primera década del siglo XXI, hacen visibles procesos subterráneos y moleculares que son intermitentes e inestables. La parte emergente y perdurable de estos procesos disruptivos cristaliza, en tanto tales, en los movimientos anarquistas, socialistas y comunistas, con sus

distintas combinaciones, variantes organizativas y corrientes internas. El magma volcánico que erupciona, calienta la superficie y barre con todo lo que se cruza en su cauce, luego de los primeros momentos empieza a enfriarse y su estado fluyente se solidifica. Quizás el caso más paradigmático sea el tándem Revolución Mexicana–Partido Revolucionario Institucional. El proceso insurreccional todo lo descorporativiza mientras que por el contrario todo comienza a corporativizarse cuando gana terreno el proceso de institucionalización. Aquí es interesante indicar que tanto las experiencias reformistas como las revolucionarias nacieron como expresiones de procesos de transformación social progresivos, que en términos organizativos se expresan en el ejercicio del centralismo democrático. Cuando este ejercicio centralista pasa de democrático a burocrático significa que el movimiento de la sociedad se tornó regresivo. Nuevamente el proceso mexicano es en este sentido paradigmático. Esto pasa porque –como advierte Gramsci– las clases subalternas se enfrentan constantemente con la iniciativa de las clases dominantes, más aún cuando las clases subalternas se rebelan y sus luchas parecen victoriosas.

Nota 5

En las notas precedentes hemos esbozado un breve y esquemático guión para interpretar la historia inconclusa de la formación de la clase obrera latinoamericana, así como la de sus luchas por la liberación nacional y social. Muchos elementos han quedado sin desarrollo argumental y muchos procesos ni siquiera mencionados. Sin embargo, creemos que estas notas permiten perfilar un modo distinto de acercarnos a nuestra historia. Un modo que abandone los metapostulados que encorsetan a la historiografía obrera.⁹ Un modo desacralizado e inconformista que al igual que su objeto-sujeto de estudio está inacabado y abierto. Asimismo, estas notas de nada sirven sin complementarlas con nuevas periodizaciones, análisis interseccionalistas, abordajes transnacionales y subnacionales a ras del suelo, nuevas formas de entender y estudiar las migraciones, el consumo, los usos del tiempo para sí y la polimórfica lucha de clases, conceptualizaciones menos epifenómicas del estado, entre otros aspectos a revisar. Por ejemplo, entender que las culturas políticas de la clase obrera latinoamericana, que intentaron ser reinscritas en la historia política burguesa de los estado-nacionales latinoamericanos, fueron también y a un mismo tiempo subnacionales y transnacionales, por “agencia” y por “estructura”. Una perspectiva

⁹En un trabajo previo identificamos diez vicios que, a nuestro criterio, deberíamos evitar en las nuevas narrativas sobre los avatares de la clase obrera latinoamericana, a saber: 1) el etapismo-desarrollismo; 2) el elitismo; 3) el biografismo-biologicismo; 4) el estatismo; 5) el triunfalismo; 6) el capitalinocentrismo; 7) el nacional-localismo; 8) el dicotomismo; 9) el andro-heterocentrismo; 10) el obrerismo (Nieto, A. 2016).

transnacional iluminaría aspectos poco conocidos sobre los rituales obreros, como las campañas de solidaridad internacional, las conmemoraciones del 1º de mayo y otros eventos que se replican en todo los países latinoamericanos. Un estudio a ras del suelo de los espacios transfronterizos nos habilitarían miradas descentradas sobre la cultura obrera en espacios de doble o triple frontera. Sin esta perspectiva sería muy difícil entender la conformación y devenir de la clase obrera cuyas condiciones de vida y trabajo se definen por el carácter fronterizo del espacio social que habitan. En esos espacios el activismo gremial y político también se caracteriza por ser trashumante, la conformación de las organizaciones sindicales a uno y otro lado del río Paraná serían inexplicables sin estos militantes nómades, por ejemplo. Asimismo, la movilidad de las fronteras producto de las guerras, como la del Chaco, tienen un impacto inconmensurable en la reconfiguración de las clases subalternas de esas regiones. Los ejemplos pueden multiplicarse infinitamente, por eso el trabajo que tenemos por delante es arduo, aunque sumamente estimulante.

¿Y por qué semejante esfuerzo? ¿Por qué insistimos con una historia de la clase obrera latinoamericana? Porque no solo fue un sujeto de esa historia sino porque su protagonismo fue determinante para aquella historia. Porque todavía hoy se desconoce ese protagonismo. Y sobre todo porque en ese protagonismo anidan los gérmenes de otro mundo posible.

Bibliografía

- Acha, O. 2013. Latin American Populism: Tentative Reflections for a Global Historiographical Perspective. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux Mondes Mondes Nouveaux - Novo Mundo Mundos Novos - New World New Worlds*. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.64834>
- Alba, V. 1964. *Historia del movimiento obrero en América Latina*. México, D.F: Libreros Mexicanos Unidos.
- Alexander, R. J., y Parker, E. M. 2009. *International Labor Organizations and Organized Labor in Latin America and the Caribbean: A History*. Oxford: ABC-CLIO.
- Bergquist, C. W. 1988. *Los trabajadores en la historia latinoamericana: estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*. Colombia: Siglo XXI.
- Brah, A. 2004. "Diferencia, diversidad, diferenciación". En *Otras inapropiables: feminismo desde las fronteras* pp. 107-136. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Chakrabarty, D. 2008. "La historia subalterna como pensamiento político". En AA.VV., *Estudios Postcoloniales* pp. 145-165. Madrid: Traficantes de Sueños.

- Chakrabarty, D. 2008. *Al margen de Europa: pensamiento poscolonial y diferencia histórica*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Chatterjee, P. 2006. *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Lima: CLACSO.
- Collier, R. B., y Collier, D. 2002. *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement and Regime Dynamics in Latin America* Edición: New edition. Notre Dame, Ind: Kellogg Inst Int'l S.
- Contreras, G. N. 2017. *Repensar la participación política y sindical de los trabajadores en los populismos clásicos latinoamericanos a partir del caso argentino*. Presentado en el Congreso Latinoamericano y del Caribe Trabajo y Trabajadores: Pasado y Presente, 1500-2010, La Paz.
- Emili, M. 2011. *Reflexiones críticas de los estudios sobre trabajo y trabajadores en América Latina*. Trabajo y sociedad, 16, 221-230.
- Federici, S. 2010. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Fernandes, F., y Zenteno, R. B. 1978. *Las clases sociales en América Latina*. México, D.F: Siglo XXI.
- French, J. D., y Garrayo, M. L. F. 2001. *El auge de los estudios sobre el trabajo en Latinoamérica*. Historia Social, 39, 129-150.
- Germani, G. 1971. *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.
- Godio, J. 1983. *Historia del movimiento obrero latinoamericano*. Costa Rica: Editorial Nueva Sociedad.
- Goethe, J. W. von. 1999. *Fausto*. Buenos Aires: Sudamericana.
- González Casanova, P. 1984. *Historia del movimiento obrero en América Latina*. México, D.F: Siglo Veintiuno Editores.
- Gramsci, A. 1999. *Cuadernos de la cárcel*. México, D.F: Ediciones Era.
- Hall, M. M., y Spalding, H. A. 1997. "La clase trabajadora urbana y los primeros movimientos obreros de América Latina 1880-1930". En L. Bethell Ed., *Historia de América Latina Vol. 8*. Barcelona: Crítica.
- Ianni, O. 1977 "Populismo y relaciones de clase". En Germani, G., Tella, T. S. D., y Ianni, O. Ed. *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México, D.F: Era.
- James, D. 1999. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jelin, E. 1975. *Espontaneidad y organización en el movimiento obrero*. Revista Latinoamericana de Sociología, 2, 77-118.
- Klubock, T. 1995. "Hombres y mujeres en El Teniente: la construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951". En L. Godoy Ed., *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX*. Santiago: CEDEM.

- Lattes, A. E. 1995. Urbanización, crecimiento urbano y migraciones en América Latina. *Notas de población*, 62.
- Leander, B. 1989. Europa, Asia y África en América Latina y el Caribe: migraciones «libres» en los siglos XIX y XX y sus efectos culturales. México, D.F: Siglo XXI.
- Levitsky, S., y Mainwaring, S. 2007. Movimiento obrero organizado y democracia en América Latina. *Postdata*, 12, 107-138.
- Linden, M. van der. 2012. The Promise and Challenges of Global Labor History. *International Labor and Working-Class History*, 82, 57-76. <https://doi.org/10.1017/S0147547912000270>
- Linebaugh, P., y Rediker, M. 2005. La hidra de la revolución: marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico. Barcelona: Editorial Crítica.
- Linares, Á. G. 2009. Forma valor y forma comunidad: aproximación teórico-abstracta a los fundamentos civilizatorios que preceden al Ayllu Universal. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- López Portillo, F. 1995. Movimiento obrero en América Latina. México, D.F: UNAM.
- Mallon, F. E. 1983. The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940. Princeton: Princeton University Press.
- Mallon, F. E. 2003. Campesino y nación: la construcción de México y Perú poscoloniales. México, D.F: CIESAS.
- Marchesi, A. 2006. Imaginación política del antiimperialismo: Intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta. *EIAL: Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 171, 135-160.
- Mariátegui, J. C. 1975. Ideología y política. Lima: Biblioteca Amauta.
- Marín, J. C. 1981. La noción de «polaridad» en los procesos de formación y realización de poder. Buenos Aires: CICSO.
- Marx, K. 2000. El capital. Tomo 1. Vol III. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marx, K. 2007. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política: borrador 1857-1858. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marx, K., y Engels, F. 1973. Obras Escogidas Vol. 4. Buenos Aires: Ciencias del Hombre.
- Melgar Bao, R. 1990. El movimiento obrero latinoamericano: historia de una clase subalterna. México, D.F: Alianza Editorial Mexicana.
- Mignolo, W. D. 2003. Historias locales / diseños globales: Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo. Madrid: Ediciones AKAL.
- Mintz, S. W. 1988. Taso, Trabajador de la Caña. Río Piedras, Puerto Rico: Ediciones Huracán.
- Nash, J. 2009. Comemos a las minas y las minas nos comen a nosotros. Buenos Aires: Antropofagia.
- Nieto, A. 2016. Narrativas sobre la historia obrera en Argentina. Notas críticas y apostillas conceptuales. *Herramienta*, 18.
- Nietzsche, F. 1998. Crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo. Madrid: Alianza.

- Novick, S., Espinoza, C. S., y Gordonava, A. H. 2008. Las migraciones en América Latina: políticas, culturas y estrategias. Buenos Aires: CLACSO.
- Nun, J. 1966. América Latina: La crisis hegemónica y el golpe militar. *Desarrollo Económico*, 622/23, 355-415.
- Pla, A. J. 1985. Introducción a la historia general del movimiento obrero. Buenos Aires: Tierra del Fuego.
- Polanyi, K. 2003. La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Przeworski, A. 2014. La mecánica de la inestabilidad política en Latinoamérica. *Desarrollo Económico*, 53211, 259-283.
- Quijano, A. 2000. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Quiroz Trejo, J. O. y Méndez y Berrueta, L. H. 1997. El movimiento obrero en América Latina: una visión histórico-comparativa. *Iztapalapa*, 42, 253-276.
- Rama, C. M. 1976. Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo. Barcelona: Laia.
- Roxborough, I. 1997. "La clase trabajadora urbana y el movimiento obrero en América Latina desde 1930". En L. Bethell Ed., *Historia de América Latina Vol. 12*. Barcelona: Crítica.
- Said, E. 2003. *Orientalismo*. Barcelona: Nuevas Ediciones de Bolsillo.
- Samaja, J. 1987. Introducción a la epistemología dialéctica. Buenos Aires: Lugar.
- Scheinkman, L. 2016. Pequeños huelguistas: participación de menores en los conflictos de la industria del dulce en Buenos Aires en la primera década del siglo XX. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, 0 (8), 108-130.
- Scott, J. W. 2001. "Experiencia". *Revista de Estudios de Género. La Ventana*, 213, 42-74.
- Silver, B. J. 2005. *Fuerzas de trabajo*. Madrid: Ediciones AKAL.
- Soto, G. G. 2015. Remozando el nacionalismo y el antiimperialismo latinoamericano. *Revista Enfoques*, 57, 229-252.
- Terán, O. 2005. "El espiritualismo y la creación del antiimperialismo latinoamericano". En R. D. Salvatore Ed., *Culturas Imperiales, experiencia y representación en América, Asia y África*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Thompson, E. P. 1989. *La Formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Touraine, A., y Germani, G. 1965. *América del Sur: un proletariado nuevo*. Barcelona: Nova Terra.
- Touraine, A., y Pécaut, D. 1966. Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina. *Revista Latinoamericana de Sociología*, II 2, 150-178.
- Trotsky, L. 1975. "Una escuela de estrategia revolucionaria". En *Bolchevismo y stalinismo*. Buenos Aires: El Yunque.

- Trotsky, L. 2008. "Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista". En *Acerca de los sindicatos* pp. 95-104. Madrid: Fundación Federico Engels.
- Wallerstein, I. M. 2001. *El capitalismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.
- Williams, R. 2000. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.
- Wolf, E. R. 2005. *Europa y la gente sin historia*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Zapata, F. 1986. *El conflicto sindical en América Latina*. México, D.F: Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos.
- Zapata, F. 1993. *Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano*. México, D.F: FCE-CM.
- Zapata, F. 2015. *Historia mínima del sindicalismo latinoamericano*. México, D.F: El Colegio de México AC.
- Zavaleta Mercado, R. 1983. *Bolivia, hoy*. México, D.F: Siglo XXI Ediciones.